

cuando se trata de censurar excesos y señalar torpezas: Lope de Vega, corruptor y corrompido, no columbra el ideal de la vida circunscribiéndose al estrecho círculo de la vulgaridad en predominio; Quevedo, con satánica complacencia, descubre la podredumbre que corroe la fingida alegría de los dichosos; Cervantes, con intuiciones que asombran, señala el triple derrotero de la virtud, de la justicia y del buen sentido á las generaciones que habrán de sucederle.

III.

En torno de estos génius agrúpanse legiones de artistas y literatos que hasta en nuestros mismos días son á la manera de voluntarios guardadores de los preciosos recuerdos que el barrio encierra. Sin atenernos á una cronología rigurosa, recordaremos que en la plazuela de San Juan nació el preciado autor del «Sí de las niñas,» D. Leandro Fernandez de Moratin, y en la parroquia de San Sebastian, sepultura de Lope de Vega, recibió las aguas del bautismo el no menos estimable D. Ramon de la Cruz. Distrito preferido de los cultivadores de las bellas letras, fué asiento en el si-

glo xvii de la Academia Selvaje, que en su casa, calle de Atocha, fundó D. Francisco de Selva, hermano del duque de Pastrana. Allí exhibió Cervantes algunos de los hijos de su entendimiento, Lope de Vega dió lectura á unos versos, sirviéndose de los anteojos de su rival, y allí tambien concurrían, segun Soto de Rojas, los mayores ingenios de España.

Acercábase á su fin el siglo xviii, cuando en la fonda de San Sebastian, próxima al cementerio del mismo título, establecían los restauradores de los fueros del buen decir, Iriarte, Cadalso, Melendez, Conti y Bernascone, otra academia: refiriéndose á ella, decadente y prostituida en manos de Nifo y de Comella, el ingenioso Moratin, crea la sátira dramática envuelta en la fábula del «Café,» y halla medio de echar los fundamentos de la crítica literaria moderna, sacándola de las pobríssimas veredas á donde la llevara el artificio de cultos y gerundianos. Émula la actual centuria de sus predecesoras, inauguró en la calle de San Agustín, casa de Abrantes, allá por los años de 1835, el Ateneo de Madrid, centro reconocido hoy de todo el movimiento intelectual de España, y en el palacio de Villahermosa residió la sociedad del antiguo Liceo artístico y literario, campo fecundo donde apuntó la regeneracion de nuestra decadente literatura. Pero hay más; celebráronse en la calle del Prado las reuniones literarias que presidia Luis Sartorius; en la misma tuvo las su-

yas Roca de Togores, diligente investigador de la sepultura de Cervantes; recibia Fernandez Guerra célebres escritores en la casa donde murió su padre, tambien literato distinguido, calle del Leon número 8, y Cruzada Villamil congregó la tertulia que tanto nombre le daria en la que ahora denominan de Lope de Vega. Atraídos no se sabe por qué incentivo ó fuerza misteriosa é inexplicable, han vivido ó viven en las cercanías de las Trinitarias, el historiador de Cuenca Juan Pablo Martir y Rizzo; Mira de Améscua; Zorrilla, que escribió su «Eco del torrente» en la plazuela de Matute, habitando la propia casa que Gonzalez Brabo; Andrés Borrego, que tuvo la redaccion del «Correo Nacional» en el Nuevo Rezado; mientras acariciaba sus sueños de gloria el futuro conde de San Luis en uno de sus sotabancos, talvez el mismo donde ha residido nuestro queridísimo amigo Vicente Barrantes; Romero Larrañaga, morador por largos años de la plazuela de Jesús; Narciso Serra, vecino de la calle de San Agustín; Patricio de la Escosura, de la del Amor de Dios; Gabriel García Tasara, Pacheco, Manuel Moreno Lopez, Eduardo Asquerino, de la del Baño, no tan apartada del barrio que nos ocupa; Breton de los Herreros, domiciliado en la del Príncipe; Corradi en la de Cantarranas; Valladares, Rosell, Carderera, Luis Guerra, en el trayecto desde las casas de Santa Catalina al Prado; su hermano Aureliano, ya citado, en la de la Mag-

dalena; Gil de Zárate, en la misma casa que perteneció á Quevedo, y en otros puntos, cuya designacion fuera enojosa, Ventura de la Vega, Leopoldo Augusto de Cueto, Eulogio Florentino Sanz, Pedro Antonio de Alarcon, Luis Rivera, Alejandro Llorente, Eguílaz, Manuel del Palacio, Julian Romea, Eugenio Moreno Lopez, Cueto y Herrera, Tamayo, Blasco, Escriche, Javier de Ramirez, los infortunados hermanos Bécquer, José María Diaz, Agustín Pascual, Fernandez de Sotomayor (el anticuario,) Ynza, Gasset, Eduardo de Mariátegui, Manuel de Assas, Isidoro Fernandez Florez, Pedro Mata y Carlos Frontaura.

A los literatos y publicistas siguieron los artistas: Francisco Rómulo Cincinato, Eugenio Caxes, Vicente Carducho, Manuel Pereira y Bartolomé Contreras, pintores y escultores aventajados, aquí residieron, y en orden á los tiempos actuales, para no ser difusos, solo recordaremos que Mendoza vive en la calle del Baño, Pescador en la de San Juan, Dióscoro Puebla en la de Atocha, Antonio Gisbert, en el Museo, residiendo antes en la calle de las Huertas, en la propia casa donde ahora se escriben estos renglones y los Balacas en la de San Agustín, Sierra, el grabador, en la de San Juan, Fernandez Acevedo, en la Costanilla de los Descalzos, Jover y Ortego en la dicha de las Huertas.

Farsantes y comediantas eligieronlo con preferencia á todo otro punto. Habitábanlo en los si-

glos xvii y xviii Miguel Godinez; la célebre Josefa Vaca; la María de Córdoba, conocida con el pseudónimo de Amarilis; Juan Rana, el imponderable gracioso; Juan Mudarra; Francisco Tribiño; el divino Miguel Sanchez; Isabel Ana; Agustín Rojas; Alonso Olmedo; Mariano Querol; la Riquelme; la Tirana; la bella Ladvenant y la no menos famosa María Calderon, madre de don Juan José de Austria, todos servidores de la carátula; Sanchez de Vargas, Andrés de Vega, Juan Morales Medrano y Damian Arias, autores de comedias ó entremesistas. Al principio de nuestro siglo vivía Rita Luna en la calle de San Juan; Isidoro Maiquez habitó en la de las Huertas, saliendo para el destierro donde debía morir, del número 10 de la de Santa Catalina; Pedro Lopez, Pizarroso y Arjona, aparecen en la calle del Lobo; Valero, en la de Atocha; Bárbara Lamadrid, en la del Leon; Mate, en la plazuela del Angel; Latorre, en donde hoy habita Gregorio Cruzada; Guzman, Romea, Capo, Carmen Fenoquio, Mario, Oltra, Calvet, Rochel, Benetti, Paca Tutor, Carmen Carrasco y Joaquina Baus, en las de San Juan, Huertas, Amor de Dios, Leon, Santa María ó Relatores.

Hasta la política mirólo con afecto, y si un día tuvo en esta parte su residencia el secretario don Luis Velazquez, también el palacio del duque de Lerma fué teatro de las intrigas y maquinaciones que, comenzando en el reinado de Felipe III, ha-

bían de dar en tierra con el prestigio de la realeza años adelante. Nuestros padres han visto morir en la calle de Cantarranas, número 45 nuevo, al preclaro Agustín Argüelles, á Martín de los Heros y á Ramon Gil de la Cuadra, compañeros inseparables del elocuente orador y virtuoso patriota. Nosotros contemplamos á San Luis ocupando la casa que fué del marqués de Ovieco en la calle de San Agustín, á Gonzalez Brabo huyendo al extranjero desde la de Lope de Vega; á Corradi encerrándose como en una Tebáida en el comedío de la propia vía; á Emilio Castelar reemplazando al último ministro de la Gobernación borbónica, en el cuarto que este abandonara.

Cuando la mayor privanza del duque de Lerma, el paseo á la moda estendíase entre el Ingenio del agua, frontero al hospital de Atocha, y la trasera de la huerta del magnate, desembocando en el prado viejo de San Gerónimo. Registran las crónicas de aquellos días mas de una aventura escandalosa acaecida entre damas y galanes bajo sus corpulentos árboles, y fué el sitio palenque obligado de amoríos y pependencias, hasta que hubo de sustituirle el salon construido frente á los jardines de Lerma, Maceda, Alcañices y Monterey. Mientras la córte de España llamóse córte del Buen-Retiro, porque sus bosques y praderas eran la residencia habitual de la que á su talante regia el conde duque de Olivares, el barrio de las Huertas añadió á sus acostumbrados moradores

buen número de empleados en las oficinas de Palacio y no pocos soldados de la guardia palatina.

Contribuyó esta circunstancia en mucha parte á acrecentar el número de las sacerdotizas de Príapo, que en él colocaban sus altares, llegándose al extremo de que una previsora autoridad—según asienta pluma competente—intentara vincular en este distrito los templos del degradante culto, obligando á sus impúdicas adoratrices á habitarlo. ¡Singular coincidencia, exclama el escritor que nos suministra la noticia, la aproximación instintiva hácia los hospitales de los favoritos de las musas y de las sacrificadoras de Vénus Citerea!

IV.

Cuando durante las altas horas de la noche el autor de este esbozo cruza por enfrente del templo que en su sentir guarda el precioso tesoro de los cervánticos despojos; siguiendo antigua costumbre, consagra melancólico y ternísimo recuerdo á la memoria del muerto; y la soledad de la desierta calle, el silencio que en ella reina, la tibia luz esparcida por el espacio que lucha en

vano con las sombras, el aspecto mismo, anticuado y extraño de algunas viviendas, y hasta el tañido de la esquila que marca á la trinitaria el trascurso de la vigilia; háblanle con el lenguaje mudo, pero elocuente y poderoso de la fantasía, del vate que con su aliento llena el privilegiado recinto.

Amarga pena le contrista entonces, que el simulacro del manco preséntasele triste y amarillo, con la ropilla por el uso destruida, con el cuerpo gallardo, que ahora deformó la hidropesía, con las barbas blancas y macilentas, la color quebrada y el mirar turbio y vacilante. Mientras cerca de su albergue, los codiciosos Fúcares atesoran cuantiosas riquezas, secando las fuentes de la Hacienda nacional; y allá abajo, detrás de las tapias del Jesús, Lerma, para obsequiar á los reyes, que no se desdeñan de habitar bajo los techos de su palacio, consume tesoros, á poca costa reunidos, en ostentosos festines, sin que ni uno siquiera de los relieves de su mesa venga á regocijar al valeroso soldado de Lepanto y de las Terceras; mientras producciones ajenas de invención y frutos literarios sin enseñanza ni mérito intrínseco, encumbran á sus autores hasta la cúspide de la mayor fortuna, Cervantes, discreto y prudente al lado de los soberbios y petulantes; agudo y festivo sin atropellar las leyes del decoro y de las usuales conveniencias; morigerado, sufrido, y autor del libro mas popular de

cuantos se han impreso, devora las mortales ansias de sus acerbos postrimerías.

Mas si nuestro héroe no siguió á la córte en sus frecuentes y dispendiosas giras; si sus comedias fueron rechazadas por los representantes á la voluntad de otros dramaturgos encadenados; si los grandes no le enviaban sus carrozas para trasladarle á la casa de sus mancebas, dejándole ¡oh mengua! morir casi de hambre y de estrechez; si un escribano le lanzaba de la calle del Duque de Alba, faltándole recursos para abonar los alquileres caidos, en cambio Cervantes recibia en el no aderezado albergue que le deparó la compasiva amistad, la visita de los hidalgos franceses que, atraidos por su fama, acudian á saludarle entre atónitos é indignados «de que á tal hombre no le tuviese España muy rico y sustentado del Erario público;» y podia escribir aquellos inmortales versos, que dicen:

«La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrechez,
Que exenta y libre de la envidia escapa.»

y dar ocasion para que una mano justiciera esculpiese sobre su mezquina tumba este grandioso epitafio:

Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra:
Su cuerpo cubre la tierra,
No su nombre, que es divino.

En fin, hizo su camino;
Pero su fama no es muerta,
Ni sus obras, prenda cierta
De que pudo, á la partida
De esta á la eterna vida
Ir la cara descubierta.

Por eso al echar una postrera mirada sobre la iglesia de las Trinitarias, convertida para él en reverenciado mausoleo, cree firmemente que hay algo mas sólido y encumbrado que los bienes y dádivas de la riqueza y del poderío, piensa que existe otra superior region á la del fausto y la soberbia, aquella sublime esfera donde solo alienta el génio á quien acompañan la modestia inseparable del mérito verdadero, el no amenguado deseo del bien y la callada virtud, que no por caminar silenciosa y sin séquito por la tierra, deja de ser oida y estimada por cuantos quieren servirla y acrecentarla

Al discurrir sobre el barrio de las Huertas, con propiedad llamado de las Musas y en realidad de Cervantes, no nos fué dado prescindir de este coloso; ni era permitido tomar otro rumbo cuando su gloria y su renombre están escritos en sus principales calles con rasgos imperecederos.